

NEW LEFT REVIEW 143

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2023

ARTÍCULO

PERRY ANDERSON	¿Derecho internacional?	7
CAITLÍN DOHERTY	Topografías del capital	35

DEBATE

ALYSSA BATISTTONI Y GEOFF MANN	<i>Bidenomics</i> climática	61
-----------------------------------	-----------------------------	----

ARTÍCULO

JOHANNES HOERNING	Pensar lo impensable	89
NIC JOHNSON	Tiempos de interés	121

CRÍTICA

DYLAN RILEY	Sermones para príncipes	161
CHRISTOPH SCHURINGA	El sistema de Schelling	176

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CAITLÍN DOHERTY

TOPOGRAFÍAS DEL CAPITAL

Género, clase y naturaleza en la teoría crítica de Nancy Fraser

EN EL MOMENTO presente es justo considerar a Nancy Fraser la principal feminista socialista del mundo anglófono. Tras su formación en los campos de la filosofía social y de la teoría crítica, Fraser ha producido un conjunto de pensamiento tan asombroso por sus ambiciones radicales e integradoras como atractivo por su claridad conceptual y la lucidez de su exposición, el cual es igualmente impresionante por su desarrollo coherente y por su continua dilucidación de la realidad histórica. Las críticas al posestructuralismo francés, al pragmatismo estadounidense y a la teoría de la última época de la Escuela de Frankfurt recogidos en *Unruly Practices* (1989), donde desarrolló por primera vez su concepto de una política de género de la necesidad; los diálogos fundamentales mantenidos con Judith Butler, Seyla Benhabib y Drucilla Cornell acerca del «giro lingüístico», incluidos en *Feminist Contentions* (1995); la elaborada crítica contenida en *Justice Interruptus* (1997) de la política limitada a las agendas de la acción afirmativa y de la diferencia cultural; el debate con Axel Honneth, que Fraser vence en gran medida, recogido en *Redistribution or Recognition?* (2003); la expansión de las nociones de representación, redistribución y reconocimiento al plano transnacional incluido en *Scales of Justice* (2008), donde exige la necesidad de una voz que defienda a los pobres tras las invasiones estadounidenses de Afganistán e Iraq; la crítica crucial al «progresivismo» neoliberal contenida en *Fortunes of Feminism* (2013); el análisis pionero de la crisis económica, política y ecológica desarrollada a lo largo de la pasada década, incluido en *The Old Is Dying* (2019) y en su libro más reciente, *Cannibal Capitalism* (2022), todo este corpus de trabajo presenta una amplitud, una profundidad y una vitalidad, que hablan por sí mismas.

En todo este tiempo, Fraser ha logrado combinar una carrera académica internacional de alto nivel, como titular de la cátedra Henry A. and Louise Loeb de Política y Ciencias Sociales en la New School of Social Research de Nueva York, jalonada con estancias como profesora, entre otros lugares, en París, Frankfurt, Ámsterdam, Berlín, Viena y Cambridge, todo ello al hilo de un inquebrantable compromiso radical. Una y otra vez se ha situado a la izquierda del saber intelectual imperante, insistiendo en efectuar una crítica económica, no solo cultural, durante el auge del posestructuralismo; rompiendo decisivamente con el feminismo clintonista; presentando argumentos contra las inequidades del capitalismo financiarizado, que hace tambalearse a las generaciones más jóvenes bajo la presión de «niveles agobiantes de endeudamiento, de precariedad laboral, de formas de ganarse la vida sometidas a un constante asedio, de servicios deficientes, de infraestructuras en pésimo estado, de fronteras duras e inflexibles, de violencia racializada, de pandemias letales y de climas extremos, fenómenos todos ellos dominados por disfunciones políticas de enorme envergadura», como afirma ella misma¹.

Al mismo tiempo, el planteamiento bibliográfico e intelectual de Fraser es inusual en la izquierda. Formada en la filosofía analítica, su método plantea conjuntos de distinciones conceptuales, cuya lógica Fraser despliega a continuación. A menudo estas categorías son términos abreviados de perspectivas estratégicas complejas o de ideas político-filosóficas: la «justicia», con su tono rawlsiano; el «reconocimiento» y la «redistribución»; o los dominios de «lo cultural» y «lo económico». Estos términos se hallan relacionados entre sí a través de geometrías elegantes, que generan nuevas abstracciones: tipos ideales, paradigmas, modos, soluciones, reivindicaciones. Como ha sostenido Fraser: «Solo abstrauyendo las complejidades del mundo real podemos trazar un esquema conceptual capaz de iluminar dicho mundo»; «por motivos heurísticos, las distinciones analíticas son indispensables»². En la izquierda se verifica a menudo, sin embargo, la percepción instintiva, no totalmente infundada, de que la filosofía analítica constituye una forma ajena. Los

¹ Nancy Fraser, *Cannibal Capitalism: How Our System Is Devouring Democracy, Care and the Planet—And What We Can Do About It*, Londres y Nueva York, 2022, p. xiii; ed. cast.: *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*, Buenos Aires y Madrid, 2023, p. 17.

² Nancy Fraser, «¿From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in a “Post-Socialist” Age», *NLR* 1/212, julio-agosto de 1995, p. 70; ed. cast.: «¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era “postsocialista”», *NLR* 0, enero-febrero de 2000.

críticos han sostenido que las categorías de Fraser son *demasiado* abstractas y que ella no aborda suficientemente las complejidades históricas y empíricas del tema que trata³. Este artículo se interesa, sin embargo, por lo que su heurística nos dice acerca del capitalismo considerado en sí mismo y acerca de la relación existente entre las crisis económicas, sociales, geopolíticas y medioambientales de este. Para ello es necesario seguir primero el desarrollo del planteamiento adoptado por Fraser.

La forja de una filósofa feminista

Fraser nació en Baltimore en 1947. Su padre, segunda generación de inmigrantes lituanos de ascendencia judía, importaba guantes de cabritilla; su madre procedía de una familia mixta, parte judía rusa y parte católica irlandesa, instalada desde hacía tiempo en la orilla agrícola pobre de Maryland; ambos eran «votantes progresistas de Franklin D. Roosevelt». Estudiante precoz, a Fraser le frustraban los límites de una educación pública «media» y obtuvo plaza para estudiar Literatura Clásica en Bryn Mawr, donde descubrió la pasión y la aptitud para la filosofía. Integrada en el fermento del movimiento por los derechos civiles y después en las protestas contra la Guerra de Vietnam, se unió al Labor Committe del Students for a Democratic Society, organización en la que militó a tiempo completo durante los cinco años que siguieron a su graduación. Volvió a matricularse en 1974, después de que el movimiento perdiera fuerza, para empezar su tesis doctoral sobre la filosofía del continente europeo en CUNY (City University of New York). La experiencia activista la distinguía de sus compañeros, estudiantes de teoría crítica más jóvenes, que habían alcanzado la mayoría de edad en medio de las confusiones políticas de los años Ford-Carter y se mostraban dispuestos a acabar con las narrativas, en su opinión grandiosas y excluyentes, de la dialéctica de clase. También Fraser estaba entusiasmada con la energía de los nuevos movimientos y la revolución posestructural, pero adoptó

³ La propia Fraser contempla con cierta simpatía esta perspectiva. En una nota sobre la «clase» en la que explica que por razones de contraste analítico utiliza el término de una «manera altamente estilizada, ortodoxa y teórica», reconoce que en otros contextos ella misma preferiría una interpretación más completa, que concediera más peso a las dimensiones culturales, históricas y discursivas de la «clase», tal y como han sido exploradas por Edward P. Thompson o Joan Wallach Scott, *ibid.*, p. 75, nota 15. Respecto a algunas muestras representativas de críticos, que exigen un mayor peso de la evaluación empírica, véase la reseña de *Fortunes of Feminism* publicada por Hester Eisenstein en *Science & Society*, vol. 80, núm. 3, julio de 2016; o Nanette Funk, «Contra Fraser on Feminism and Neoliberalism», *Hyppatia*, vol. 28, núm. 1, invierno de 2013.

siempre un enfoque integral: la teoría del discurso y Marx, Habermas y el feminismo.

La estructura argumentativa de su tesis doctoral estableció el patrón⁴. Tomando un grupo de textos –*Recuerdos de la Revolución de 1848*, de Tocqueville; *Napoleón el pequeño*, de Victor Hugo; *La educación sentimental*, de Flaubert; *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, de Marx– Fraser se dispuso a buscar un medio que permitiese decidir entre «descripciones opuestas de la realidad social»; en este caso, la del año revolucionario de 1848. Enfrentada a la elección entre lo crítico, lo empírico y lo narrativo, concluyó que no se trataba de tres dimensiones independientes: por el contrario, «cada una presupone las demás y ninguna es fundamental con respecto a las restantes». En este primer trabajo se observaban ya dos rasgos que definen el método filosófico de Fraser: la tendencia a trascender los dualismos mediante la adición de una tercera categoría que media entre la supuesta oposición, aunque se corresponde o se superpone, a elementos de cada grupo; y un rechazo a cualquier jerarquía de causalidad, lo cual le lleva a adoptar un método descriptivo pluralista que cambia como respuesta a la realidad social que encuentra. Típicamente, Fraser procede a efectuar categorizaciones analíticamente claras para después aplicar una lógica dialéctica a fin de describir la compleja imbricación de determinados tipos sociales con el objetivo de descubrir una dinámica emancipadora.

La sensibilidad descriptiva constituyó el núcleo de la crítica de Fraser a Jürgen Habermas en un ensayo seminal de 1985. «What's Critical About Critical Theory?»⁵. El texto partía de la definición dada por el joven Marx, que consideraba la teoría crítica como la «autoclarificación de las luchas de nuestro tiempo»: si esas luchas incluían la lucha por la liberación de las mujeres, una teoría crítica digna de llamarse así debería arrojar luz sobre las estructuras de las relaciones de género opresivas y sobre las perspectivas del movimiento feminista. Examinada bajo esa luz, la construcción de Habermas se quedaba corta. Fraser se sentía cómoda con la terminología en ocasiones incomprensiblemente técnica empleada en los tres volúmenes de *Teoría de la acción comunicativa*, y manejaba los modelos establecidos en el libro con confianza. Siendo una joven filósofa

⁴ Nancy Fraser, *Adjudicating Between Competing Social Descriptions: The Critical, Empirical and Narrative Dimensions (With an Application to Marxism)*, Tesis doctoral, City University of New York, 1980.

⁵ Nancy Fraser, «What's Critical About Critical Theory? The Case of Habermas and Gender», *New German Critique*, vol. 44, núm. 1, primavera-verano de 1985.

feminista, encontró mucho material útil en la crítica de Habermas a las sociedades del Estado del bienestar social establecidas en el capitalismo avanzado de la «larga expansión» económica verificada tras la Segunda Guerra Mundial. Pero mientras que Habermas establecía una distinción aguda, aunque estratificada, entre un sistema explotador y un inocente mundo de la vida, Fraser usaba la generización del trabajo doméstico, el trabajo remunerado y la participación política para demostrar las complejas relaciones existentes entre la dominación y la vida familiar. La visión androcéntrica que Habermas tenía de la familia nuclear y su incapacidad para teorizar la dimensión generizada del poder social, podrían llegar a eclipsar los aspectos positivos y útiles de su pensamiento, sostenía Fraser: la visión interpretativa de las necesidades humanas; la distinción entre contextos de acción «normativamente garantizados» y «comunicativamente alcanzados»; el modelo de relaciones entre la esfera pública y la privada en cuatro etapas⁶.

Más allá de su compromiso político con la liberación de las mujeres, la designación de Fraser como filósofa feminista no es tan atribuible a un fuerte interés por el corpus de textos feministas, ya sean contemporáneos o históricos, como a la centralidad que atribuye al trabajo doméstico, a las políticas de bienestar y a la función económica de la familia en su teoría social, que sitúa la «cuestión de la mujer» en el centro de sus análisis sobre la redistribución económica y el reconocimiento de la identidad. El deterioro de la posición de las mujeres, en especial de las mujeres negras, afectadas por los recortes de las prestaciones sociales decididos durante el mandato de Clinton y efectuados en un momento de fuerte incremento del precio de los activos, propició la escritura del artículo «Genealogy of Dependency», redactado en colaboración con Linda Gordon, así como del texto programático «After the Family Wage», que constituía una disquisición teórica sobre los modelos de reproducción social emancipadores susceptibles de deconstruir el género. El texto canónico de Fraser, «¿De la redistribución al reconocimiento?», derivó de esta experiencia de la década de 1990. En un mundo de desigualdad material, toxicidad medioambiental y caída de las tasas de esperanza de vida crecientes se estaban planteando reivindicaciones de reconocimiento de las diferencias por razones de sexo, etnia, raza y orientación sexual. La justicia exigía reconocimiento y redistribución, sostenía Fraser, además

⁶ Nancy Fraser, *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Cambridge, 1989; ed. cast.: *Prácticas rebeldes. Poder, discurso y género en la teoría social contemporánea*, Buenos Aires, 2020.

de la teorización de las relaciones existentes entre ellos. Centrándose en la «raza» (ya entrecorrida en 1995) y el género, Fraser cotejaba los programas «transformadores» –la reestructuración profunda de las relaciones de producción y la deconstrucción de las dicotomías de «raza» y género que subyacen a la valoración cultural– con los programas «afirmativos»: el multiculturalismo convencional, la acción afirmativa y la paliación por parte del Estado del bienestar de las desigualdades existentes en el sistema económico y cultural.

La negativa de Fraser a dar prioridad a las normas y los valores sobre los determinantes materiales provocó una dura respuesta de Judith Butler, titulada «Merely Cultural», una expresión que la propia Fraser nunca había utilizado. Fraser coincidía con Butler en que «la necesidad de hablar como y a favor de las *mujeres*» debe «reconciliarse con la necesidad complementaria de impugnar continuamente la palabra». Pero se oponía a la celebración incondicional de las «diferencias» entre mujeres y a la incapacidad para afrontar los verdaderos conflictos de intereses entre ellas. Sostenía que la coyuntura exigía con urgencia la «armonización» de las reivindicaciones de los movimientos sociales que solicitaban el reconocimiento con las de las organizaciones de clase que luchan en el terreno de la redistribución económica⁷. Unos años más tarde, Fraser reiteró, en un debate con Axel Honneth, su convencimiento de que existe una interdependencia de lo subjetivo con lo objetivo: «distribución y reconocimiento no ocupan esferas separadas. Se interpenetran para producir, por el contrario, patrones de subordinación complejos [...]. De ahí se deduce que la distribución y el reconocimiento nunca pueden separarse por completo. Todas las interacciones participan simultáneamente de ambas dimensiones, si bien en distintas proporciones»⁸.

⁷ Judith Butler, «Merely Cultural», *NLR* 1/227, enero-febrero de 1998, y Nancy Fraser, «Heterosexism, Misrecognition and Capitalism: A Response to Judith Butler», *NLR* 1/228, marzo-abril de 1997 [ed. cast.: «El marxismo y lo meramente cultural» y «Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo», *NLR* 2, mayo-junio de 2000]; véase también Anne Philips, «From Inequality to Difference: A Severe Case of Displacement», *NLR* 1/224, julio-agosto de 1997. Muchos de los artículos de este periodo están recopilados en Kevin Olson (ed.), *Adding Insult to Injury: Nancy Fraser Debates Her Critics*, Londres y Nueva York, 2008.

⁸ Nancy Fraser y Axel Honneth, *Redistribution or Recognition: A Political-Philosophical Exchange*, Londres y Nueva York, 2004, p. 217. Existen paralelismos a este respecto con la crítica posterior de Fraser a Polanyi, cuya visión idealizada de la «sociedad», que se mueve para sanar las heridas infligidas por el «mercado» del *laissez-faire*, debía complicarse con la dinámica de una tercera corriente, la «emancipación», aliada alternativamente con las otras dos líneas: Nancy Fraser, «A Triple Movement? Parsing the Crisis of Politics After Polanyi», *NLR* 81, mayo-junio de 2013; ed. cast.:

La era de la crisis

Los principales hitos del pensamiento de Fraser entre la década de 1980 y el punto de inflexión que supuso la crisis financiera de 2008-2009 están recogidos, muy útilmente, en *Fortunas del feminismo*, cuyo «Prólogo» presenta en retrospectiva el análisis de la política de género en Estados Unidos a lo largo de este periodo como «un drama en tres actos»⁹. En el primer acto, del fermento de la Nueva Izquierda surgió un movimiento de liberación de las mujeres insurgente, que se unió a otras corrientes radicales en el intento de derrocar al capitalismo tecnócrata fordista. En el segundo acto, mientras las energías utópicas retrocedían, el feminismo se dejó atraer a la órbita de la política identitaria en el momento preciso en el que el neoliberalismo le «declaraba la guerra a la igualdad social». Fraser saldó cuentas con el feminismo amistoso con las empresas personificado por Hillary Clinton en un artículo de 2009 titulado «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia». En el tercer acto, que empezó a desplegarse en el punto más deprimido de la Gran Recesión, Fraser albergó la esperanza de que el feminismo lograra recuperar su espíritu rebelde y al mismo tiempo profundizase en los elementos que lo definían: «la crítica estructural al androcentrismo capitalista, el análisis sistémico de la dominación masculina y una revisión de la democracia y la justicia, que tenga en cuenta las cuestiones de género»¹⁰.

Desde entonces, Fraser ha respondido a las sucesivas olas de luchas –protestas medioambientales, Black Lives Matter, huelgas, #MeToo, derecho al aborto– con un proyecto de investigación de amplio alcance, desarrollado en conferencias, seminarios y ensayos, materiales que ahora han sido recopilado en dos libros complementarios: *Cannibal Capitalism* y *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*¹¹. En este trabajo, la

«¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *NLR* 81, julio-agosto de 2013.

⁹ Nancy Fraser, *Fortunes of Feminism. From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*, Londres y Nueva York, 2013, pp. 1-16 [ed. cast.: *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*, Quito y Madrid, 2015, IAEN y Traficantes de Sueños, pp. 17-36].

¹⁰ Nancy Fraser, «Feminism, Capitalism and the Cunning of History», *NLR* 56, marzo-abril de 2009 [ed. cast.: «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia», *NLR* 56, mayo-junio de 2009], recopilado en *Fortunes of Feminism*; la cita procede del «Prólogo» del libro, p. 1; ed. cast.: p. 17.

¹¹ Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, *Capitalism. A Conversation in Critical Theory* [2018], Londres y Nueva York, 2023 [ed. cast.: *Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica*, Madrid, 2019]. Jaeggi, que antes trabajaba como investigadora para Axel

formación social capitalista se ha convertido en el primer plano explícito, en «el objeto directo de la crítica». Sus ambiciones son políticas además de teóricas: conceptualizar la crisis en la que el calentamiento planetario, la descomposición social, el estancamiento económico y la atomización política se entrelazan y, al mismo tiempo, delinear un proyecto contrahegemónico lo suficientemente amplio como para coordinar las luchas difusas que la coyuntura ha provocado. Las conclusiones prácticas y aplicadas que Fraser sugiere también se han radicalizado a lo largo de la última década, que han pasado de determinar resultados «justos» a inspirar una acción política dirigida a desmantelar el capitalismo *in toto*.

Leídos juntos, *Capitalism: A Conversation in Critical Theory* –un extenso diálogo de Fraser con la filósofa social Rahel Jaeggi, formada en Frankfurt– y el más popular *Cannibal Capitalism* exponen y sistematizan el argumento de Fraser a favor de ampliar el concepto de capitalismo. Su premisa es que para entender la crisis actual no podemos limitarnos solo a las cuestiones económicas. Fraser se propone revelar la imbricación –un término crucial para su obra– de las dimensiones económicas, políticas, sociales y medioambientales de la crisis, dado que escribe tanto para generaciones más jóvenes, que habían crecido sin acceso a anteriores críticas al capitalismo, como para lectores de más edad, que realmente no habían integrado nunca las cuestiones de género, «raza» y ecología en su análisis.

En *Cannibal Capitalism*, una *Kapitalkritik* renovada necesita volver a Marx, de quien Fraser toma la definición clásica de la economía capitalista –definida por la propiedad privada de los medios de producción, el trabajo asalariado como medio general de subsistencia y una dinámica de acumulación competitiva– y el concepto más amplio de capitalismo entendido como orden social. Desde el punto de vista metodológico, Fraser parte del volumen I de *El capital*, que avanza, sostiene ella, operando una serie de giros epistémicos para revelar las «condiciones previas» de la acumulación capitalista. Marx comienza, al hilo de su análisis de la forma mercancía, desde el punto de vista burgués de la esfera de la circulación, el intercambio de equivalentes; pero pronto gira hacia una perspectiva más profunda, la de la «morada oculta de la producción», en la que el capital no se acumula a través de un intercambio igual sino por mor de la explotación, de la no compensación de una porción del tiempo de trabajo del obrero

Honneth, enseña ahora Filosofía Social en la Humboldt Universität y es autora, entre otros libros, de *Critique of Forms of Life* (2018).

legalmente sancionada por el contrato de trabajo. Por último, mediante otro giro de perspectiva «igualmente crucial», revela que las condiciones previas de la producción y la explotación se remiten a la acumulación primitiva, un proceso de expropiación abiertamente feroz, que no finge siquiera la existencia de un intercambio igual.

La perspectiva adoptada por Fraser es la de orquestar nuevos giros epistémicos para ayudarnos a considerar otras condiciones previas para la acumulación de capital, esta vez en espacios no económicos –la autoridad pública, la reproducción social, el mundo natural– de los que depende el capital. O, como le explica a Jaeggi, adoptar el método marxiano de mirar «debajo» de un complejo sociohistórico dado para buscar sus condiciones de posibilidad subyacentes y aplicarlo más en general. Estas zonas no económicas son al mismo tiempo «procesos previos» olvidados de la actividad económica definida clásicamente y espacios de «corrientes de teorización crítica emancipadoras», cuyas lecciones deben sumarse a las de Marx¹². El argumento central, desarrollado temáticamente, es que las actividades efectuadas en «segundo plano» no deberían considerarse secundarias, sino elementos esenciales del sistema. El capitalismo no solo abarca el ámbito económico, sino también las divisiones del mundo a las que las expropiaciones imperialistas han dado lugar; la totalidad del mundo no asalariado y la reproducción social del trabajo; la explotación de la naturaleza no humana; y la autoridad política de la que depende la extracción y la circulación del beneficio, «moradas ocultas» a las que corresponden cuatro capítulos centrales de *Cannibal Capitalism*.

Fraser ha explicado que, desde su perspectiva, cada una de estas zonas contextuales surge en concurrencia con la economía capitalista, constituida conjuntamente por la ruptura que impuso a una unidad preexistente¹³. Así, el poder político y el económico habían permanecido fundidos en la figura del señor feudal, que expropiaba la cosecha e imponía su ley; la llegada del capitalismo produjo una separación de la esfera económica y la política, de tal modo que la frontera entre ellas constituye una zona de conflicto. Igualmente, en las sociedades de subsistencia precapitalistas los procesos de producción y reproducción social habían formado un continuo, pero la producción industrial capitalista estableció la esfera doméstica como su otro, otorgando a las divisiones de género preexistentes una forma moderna más aguda. La expropiación bruta, en

¹² N. Fraser y R. Jaeggi: *Capitalism. A Conversation in Critical Theory*, cit., pp. 30-31.

¹³ *Ibid.*, pp. 62-63.

mayor medida en las regiones del mundo colonizadas por las potencias capitalistas, impuso otra división estructural entre los trabajadores explotados de los países del centro de la economía-mundo capitalista y los otros expropiables; de nuevo, sostiene Fraser, con independencia de las formas de prejuicio xenóforo que pudieran haber existido con anterioridad, la diferencia racial adquirió su forma moderna a través de la separación entre expropiados y explotados establecida por el capitalismo. La producción capitalista instituyó, de igual modo, una «grieta metabólica» en relación con el mundo natural, otra división disputada.

Un objetivo central de *Cannibal Capitalism* es el de ilustrar cómo se interrelacionan estos ámbitos subyacentes tanto con los procesos económicos explícitos como entre sí, todo lo cual alimenta una crisis de la sociedad capitalista de mayor envergadura. Pero el dinamismo del capitalismo, su expansionismo incansable y su constante asalto a las fronteras estatales hacen que el análisis estructural de Fraser deba también periodizarse históricamente y situarse en una perspectiva mundial. Adaptando las «épocas» del sistema-mundo de Wallerstein, Fraser define cuatro «régimenes de acumulación»: el capitalismo mercantil, vigente aproximadamente del siglo XVI al XVIII; el capitalismo liberal-colonialista del *laissez-faire* propio del largo siglo XIX; el régimen keynesiano o «gestionado por el Estado» posterior a la Segunda Guerra Mundial; y la era neoliberal del capitalismo financiarizado, alimentada por el crédito. ¿Cómo se articulan las dimensiones más amplias de la sociedad capitalista –socio-reproductiva, medioambiental, política– con el impulso de acumulación del capital en estos régimenes sucesivos?

Producción y reproducción

Fraser comienza con dos dinámicas capitalistas fundamentales: la explotación mediante el trabajo asalariado y la expropiación, es decir, la confiscación de recursos naturales y de capacidades humanas incorporadas coactivamente en los circuitos de la expansión capitalista. En la era mercantil, las expropiaciones tenían lugar en las tierras conquistadas y colonizadas del Nuevo Mundo, de África y del sur de Asia, así como en el propio país de la mano, por ejemplo, de los cercamientos [*enclosures*] impuestos en Inglaterra y de las expulsiones forzadas de arrendatarios [*clearances*] en Escocia. Durante el régimen liberal-colonial, el crecimiento de la producción industrial capitalista produjo un proletariado explotado en los centros metropolitanos, que gradualmente ganó el derecho

a la ciudadanía, al voto y a las protecciones jurídicas, lo cual agudizó y racializó decisivamente las distinciones existentes entre explotación y expropiación, que a partir de entonces se proyectaron en diferentes regiones del mundo. En el sistema-mundo capitalista-imperialista, ambas empezaron a ser mutuamente constitutivas y a estar fuertemente entrelazadas: el ciudadano-trabajador explotado de Estados Unidos adquirió un aura de libertad en comparación con los grupos indígenas expropiados o con los esclavos. Globalmente, también, la distinción coincidía «de manera aproximada pero inconfundible» con lo que DuBois llamó «la línea de color»¹⁴. La oposición clara entre explotación y expropiación comenzó a debilitarse en el periodo de posguerra bajo el impacto de la descolonización y de los derechos civiles. Con la llegada del capitalismo financiarizado, sostiene Fraser, esta oposición experimentó nuevos cambios. Formas de expropiación basadas en la deuda se expandieron por todo el mundo, mientras que la producción industrial se trasladó al Sur y al Este; los antiguos trabajadores asalariados de los países capitalistas avanzados perdieron sus privilegios por mor de la reducción de los salarios reales y el creciente endeudamiento de las familias. La relación se parecía ahora más a un *continuum*, similar a un espectro racializado de ciudadanos-trabajadores explotados-expropiados¹⁵.

El capitalismo siempre se ha hallado «profundamente entrelazado» con la opresión racial, escribe Fraser; la elección del verbo le permite desplegar una relación histórica continua pero maleable entre designaciones étnicas y fenotípicas cambiantes, por un lado, y prácticas socioeconómicas dinámicas, por otro: de las plantaciones esclavistas del siglo XVIII a las corporaciones multinacionales, que persisten en el presente «desindustrializado, *subprime* y de encarcelación masiva». Pero si la división estructural existente de explotación y expropiación entre poblaciones que respaldó la racialización está desapareciendo, ¿podría ese entrelazamiento empezar a resultar contingente, un residuo persistente de la historia del capitalismo que ya no cumple ningún propósito real? ¿Es posible ahora un capitalismo no racial? Aunque ya no sean estrictamente «necesarios» para el capitalismo, los antagonismos raciales se están incrementando, observa Fraser. El régimen de acumulación financiarizado

¹⁴ Fraser reconoce que las realidades históricas estaban más mezcladas: había poblaciones subproletarias en los centros metropolitanos, donde las filas de los trabajadores «protegidos» se limitaban inicialmente a la llamada aristocracia obrera, al igual que había trabajadores asalariados en las colonias y en las zonas periféricas, N. Fraser, *Cannibal Capitalism*, cit., p. 43; ed. cast.: p. 72.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 27-47; ed. cast.: pp. 64-87.

genera intensas inseguridades y paranoias; es más probable que las quejas de los trabajadores antes «protegidos» y ahora enfrentados a las elites neoliberales progresistas, que apelan a la «equidad» al tiempo que los despiden de sus trabajos y fomentan la intensificación de su endeudamiento, encuentren una expresión ultraderechista, que constituye una combinación tóxica de «predisposiciones sedimentadas, angustias exacerbadas y manipulaciones cínicas». Un capitalismo «no racial» basado en la desigualdad creciente seguiría dejando a la mayoría en condiciones miserables. Un planteamiento más transformador aspiraría a construir una alianza interracial para erradicar la explotación y la expropiación por lejano que esto pueda parecer en la actualidad¹⁶.

Fraser pasa a continuación a lo que denomina la «crisis de los cuidados», expresada a través del agotamiento social y la carencia de tiempo, ya que las presiones económicas del neoliberalismo debilitan las energías necesarias para la recuperación humana. El ámbito de los «cuidados» es un elemento tan central en la crisis general que ninguno de los restantes ámbitos puede entenderse sin él, escribe, pero también puede afirmarse lo contrario: la crisis de la reproducción social no puede entenderse por sí sola, porque es necesario captarla como expresión aguda de una contradicción inherente al capitalismo, que adopta diversas formas en diferentes épocas. El impulso de la acumulación canibaliza de manera constante las actividades parcialmente no mercantiles de las que el capital depende para la reproducción de la fuerza de trabajo. Desde un punto de vista histórico, este proceso comenzó con la primera revolución industrial, cuando mujeres y niños fueron arrastrados a las fábricas, de modo que el capital «desvalijó» el ámbito de la reproducción social, tensando la capacidad de sostenimiento hasta el punto de ruptura. El pánico moral de la clase media y la organización reformista de los trabajadores condujeron finalmente a una legislación «protectora», que excluía a las mujeres del lugar de trabajo, e hicieron surgir un nuevo imaginario de domesticidad y dependencia femenina en los países de las metrópolis de la economía-mundo capitalista, que constituían la denominada zona de explotación. En el mundo colonial, esto es, en la zona de expropiación, el saqueo destructivo de las relaciones sociales reproductivas indígenas se mantuvo sin más obstáculos¹⁷.

En opinión de Fraser, el régimen de acumulación keynesiano implementado durante el periodo de posguerra forjó una novedosa síntesis

¹⁶ *Ibid.*, pp. 48-52; ed. cast.: pp. 87-92.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 53-62; ed. cast.: pp. 95-102.

de mercantilización y protección social (los opuestos de Polanyi¹⁸), cuyo objetivo era el de estabilizar la frontera existente entre economía y reproducción en un modelo fordista de altos salarios y consumo elevado basado en el ideal de hombre proveedor y mujer ama de casa. Pero la conversión de las mujeres en amas de casa negaba el tercer movimiento clave, la emancipación, que Fraser insiste en que debería añadirse a la matriz de Polanyi. A partir de la década de 1970, cuando la crítica feminista y los ataques neoliberales ayudaron a debilitar la causa de la protección social (nunca idealizada por Fraser), estas distinciones experimentaron una nueva reconceptualización. Al hilo del surgimiento del régimen capitalista financiarizado, la emancipación se equiparó a la mercantilización como una nueva forma de neoliberalismo progresista. Se atrajo a las mujeres al trabajo remunerado al mismo tiempo que se recortaban fondos destinados a las políticas sociales, lo cual aumentó las responsabilidades de cuidado de los hogares mientras disminuía la capacidad de estos para proporcionarlos:

La lógica de la producción económica ignora la lógica de la reproducción social y, como resultado, desestabiliza los procesos mismos de los cuales depende el capital, poniendo en consecuencia en riesgo los recursos sociales, tanto domésticos como públicos, necesarios para sostener la acumulación en el largo plazo. Al destruir sus propias condiciones de posibilidad, la dinámica de la acumulación de capital imita al uróboro y se come su propia cola¹⁹.

La crisis resultante, sostiene Fraser, ha producido un aumento significativo de las «luchas en torno a las fronteras» de las distintas esferas de la reproducción social, que exigen la protección pública en lo referido a las diversas cuestiones sociorrerproductivas: atención sanitaria, seguridad alimentaria, licencia parental remunerada. Pero si la raíz de la crisis de los cuidados se sitúa en la contradicción social del capitalismo, no se resolverá mediante parches provenientes de unas u otras políticas públicas. Hace falta una transformación más profunda, que exige la «reinvención de la distinción existente entre producción y reproducción, así como la reimaginación del orden de género» de maneras que ambas garanticen tanto la protección social como la emancipación social²⁰.

¹⁸ N. Fraser, «A Triple Movement? Parsing the Crisis of Politics After Polanyi», cit.

¹⁹ N. Fraser, *Cannibal Capitalism*, cit., pp. 57-58; ed. cast.: p. 101.

²⁰ *Ibid.*, p. 73; ed. cast.: p. 124.

Naturaleza y poder

Centrándose a continuación en la naturaleza, *Cannibal Capitalism* encuentra otro ámbito en el que el régimen de acumulación está devorando sus propias condiciones de existencia. Pero si bien hay un consenso creciente en que el calentamiento global constituye una amenaza urgente, no se ha alcanzado un acuerdo acerca de qué fuerzas estructurales están impulsando el proceso, ni qué tipo de cambio social hace falta para alterar el curso de su comportamiento. Fraser sostiene que la relación entre capital y naturaleza es inherentemente tendente a las crisis: la producción capitalista depende de la naturaleza como fuente de materias primas y vertedero para sus residuos, pero también establece una línea divisoria estricta entre el espacio de la economía, donde se desarrolla la acción humana, y el de la naturaleza, como ámbito de la «materia» no pensante. El impulso expansivo del capital en busca de beneficios —único de este modo de producción, por medioambientalmente destructivos que puedan haber sido los regímenes del socialismo de Estado— incentiva a los capitalistas a requisar los dones de la naturaleza y los absuelve de la responsabilidad de restituir y reparar. La relación del capital con la naturaleza es, en consecuencia, intrínsecamente extractiva: consume la riqueza biofísica al mismo tiempo que se desentiende de las externalidades que genera la producción de mercancías, acumulando «una enorme cantidad de ecodestrucción: una atmósfera inundada de emisiones de carbono; temperaturas en ascenso, derretimiento de los hielos de las plataformas polares, ascenso del nivel de mares ahogados por islas de plástico; [...] supertormentas, megasequías, plagas de langostas gigantescas, incendios forestales arrasadores, inundaciones titánicas; zonas muertas, tierras envenenadas, aire irrespirable»²¹.

Fraser amplía aquí su interpretación de la secuencia histórica para analizar los «regímenes de acumulación socioecológicos», examinando formas de producción de energía y los correspondientes modos de expansión económica: dónde y cómo se trazan las líneas entre economía y naturaleza y qué significados se asignan a cada una. En la era mercantil, las fuentes energéticas —viento, agua, fuerza física humana y animal— eran en esencia una continuación de las utilizadas en las sociedades precapitalistas. La ruptura se situó en el nuevo modo de expansión basado en la expropiación: la conquista de nuevos territorios y mano de obra, de las minas de plata de Potosí a los campos de yute de Bengala

²¹ *Ibid.*, pp. 76, 81-83; ed. cast.: pp. 129, 134-136.

y las plantaciones de Santo Domingo. La socioecología del régimen colonial liberal se sustentaba sobre el carbón y el vapor y trazó una distinción nueva entre el auge de las ciudades fabriles y la despoblación de las zonas rurales. El industrialismo presumía de liberar las fuerzas productivas de las restricciones impuestas por la tierra y el trabajo, pero se apoyaba en la extracción de «naturaleza barata» de la periferia. El capitalismo keynesiano de posguerra, en apariencia menos indigno en otros terrenos, presidió una enorme expansión de las emisiones de gases de efecto invernadero a través de su novedosa combinación de motor de combustión interna y petróleo refinado, construcción de carreteras y dispersión urbana. El actual régimen financiarizado ha «trastocado la geografía energética», como explica Fraser, pero el «posmaterialismo» del Norte global todavía descansa sobre procesos mineros y fabriles basados en el carbono, de Alaska a los Andes, de México a Shenzhen. De hecho, el consumo del Norte se ha vuelto cada vez más intensivo en carbono –viajes en avión, consumo de carne, construcciones de hormigón– mientras que la expropiación se ha extendido al monopolio de la propiedad intelectual de semillas y plantas²².

Fraser presenta aquí su alegato más apasionado en pro de dilucidar las distintas dimensiones de la crisis como un todo interrelacionado. Las cuestiones medioambientales y las socio-reproductivas están íntimamente interconectadas, sostiene; ambas se ocupan de asuntos de vida y muerte. La reproducción social es a la vez natural y cultural; gestiona la interfaz entre sociabilidad y biología, entre comunidad y hábitat. El ecologismo es inevitablemente político: los países deciden cómo vigilar la frontera existente entre economía y naturaleza mediante la regulación del uso de la tierra, de las emisiones, de la minería y de los vertidos tóxicos. El ecologismo está también interrelacionado con la dinámica de expropiación y explotación. El capitalismo es la figura unificadora que vincula todas estas dimensiones. «Las consecuencias políticas son simples desde el punto de vista conceptual, pero complejas en la práctica», escribe Fraser. Una ecopolítica viable debe ser anticapitalista y transecologista para conseguir lo cual debe construir una contrahegemonía global capaz de orientar un proyecto de transformación amplio, que conecte el calentamiento global con la inseguridad económica, la infravaloración del trabajo de los cuidados, los costes exorbitantes de la expropiación financiera y medioambiental, y que arrebatte a la clase capitalista, que piensa únicamente en la acumulación expansionista, el poder

²² *Ibid.*, pp. 92-102; ed. cast.: 153-161.

de dictar nuestra relación con la naturaleza. La premisa predominante de que es posible proteger de manera adecuada el medioambiente sin poner en entredicho las estructuras de la sociedad capitalista es falsa. Un «ecologismo» reductor que deja a un lado todo lo demás para centrarse exclusivamente en las emisiones de carbono no logra comprender que la ecopolítica en sí misma es objeto de lucha en un contexto global desgarrado por una crisis social, económica y política de mayor envergadura²³.

Pasando, por último, a la cuestión de la política, Fraser considera acertado el diagnóstico efectuado, entre otros, por Wolfgang Streeck, Colin Crouch, Wendy Brown y Stephen Gill, que postula la existencia de una crisis de la democracia, la cual se enfrenta a las corporaciones oligárquicas, a la reglamentación supranacional y al vaciado de su contenido provocado desde dentro por la ideología de mercado, pero propone una contradicción más fundamental entre los imperativos de la acumulación de capital y el trabajo del Estado en el que esta se basa: mantener un marco jurídico, sostener una moneda, gestionar las fronteras y el comercio internacional, construir infraestructuras, mitigar las crisis. Siguiendo a Ellen Meiksins Wood, Fraser considera que la llegada del capitalismo instituyó una separación entre lo político y lo económico, asignando a cada uno de ellos una esfera y unos medios de funcionamiento propios; en el capitalismo, «lo económico es no político y lo político es no económico». Esto supuso que grandes áreas de la vida se situasen fuera del control político democrático. La frontera entre lo económico y lo político se convirtió, en consecuencia, en un espacio de disputa perpetua y de crisis potencial²⁴.

En el capitalismo mercantil, los principales Estados absolutistas –España primero y Francia después– regularon el comercio internamente, pero se beneficiaron del saqueo exterior y del comercio a larga distancia en un mercado mundial en expansión; esta «lógica del valor» internacional acabó fomentando la aparición de los estratos capitalistas mercantiles que se levantarían contra el *ancien régime*. Bajo el *laissez-faire* liberal-colonial, el orden político modernizado se limitó a garantizar las condiciones necesarias para una acumulación de capital sin restricciones: derechos de propiedad, moneda estable y supresión de revueltas en el interior; una armada fuerte y política de expansionismo militar e imperial en

²³ *Ibid.*, pp. 87-89, 105, 77, 85, 110, 77 [ed. cast.: pp. 140-144, 166, 129-130, 139, 172, 130].

²⁴ *Ibid.*, pp. 116, 119, 121-122 [ed. cast.: pp. 180-181, 185, 187-188]. La declaración clásica de Ellen Meiksins Wood se encuentra en «The Separation of the Economic and the Political in Capitalism», *NLR* 1/127, mayo-junio de 1981.

el exterior. Enturbado por los desplomes financieros, las guerras y las depresiones, el *laissez-faire* dio paso de la mano del régimen keynesiano de mediados de siglo a una mayor importancia de la intervención estatal. Desde la década de 1980 este fue suplantado a su vez por el régimen financiarizado neoliberal en el que la política estatal se encontró cada vez más a merced del mercado. La actual es en medida creciente una época de «gobernanza sin gobierno»; las regulaciones transnacionales impiden la reforma social e imponen la agenda del capital financiero: el ejemplo más drástico fue el dominio de la Troika (FMI, BCE, CE) sobre Grecia en 2015²⁵.

Este «déficit democrático», sostiene Fraser, es la forma históricamente específica que la contradicción política inherente al capitalismo asume en el régimen de acumulación actual, el cual ha disminuido el poder democrático hasta el punto de que este es incapaz de resolver los problemas urgentes a los que se enfrenta: la crisis climática, la inseguridad económica, la descomposición de las políticas sociales de bienestar y cuidados. Este déficit democrático se convierte así en parte de la crisis general y no puede resolverse sin transformar el orden social en su totalidad. Esta disfunción política encontró un correlato subjetivo en 2016, cuando decenas de millones de votantes abandonaron la «política habitual». La victoria del Brexit y de Trump fue un castigo a los arquitectos del neoliberalismo, escribe Fraser. La suerte de los populistas ha crecido y menguado, a menudo debido a su manera decepcionante de ejercer el poder, pero 2016 señaló un giro en los vientos políticos: el alcance de la intervención pública se amplió, el velo del sentido común neoliberal se rompió, el límite entre lo político y lo económico empezó a desplazarse; y, sin embargo, el capital sigue controlando las palancas del poder. Desde un punto de vista político, nos enfrentamos a un terreno incierto sin un bloque hegemónico que goce de una amplia legitimidad, ni un aspirante contrahegemónico creíble. Los callejones sin salida del sistema seguirán aumentando hasta que pueda formarse uno de esos bloques²⁶.

²⁵ *Ibid.*, pp. 124-130; ed. cast.: pp. 191-199.

²⁶ *Ibid.*, pp. 130-133; ed. cast.: pp. 200-205. Versiones anteriores de este capítulo se publicaron primero con el título de «Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism», *Critical Historical Studies*, vol. 2, núm. 2, 2015; y después en Hanna Ketterer y Karina Becker (eds.), *Was stimmt nicht mit der Demokratie? Eine Debatte mit Klaus Dörre, Nancy Fraser, Stephan Lessenich und Hartmut Rosa*, Berlín, 2019. Véase también Nancy Fraser, *The Old is Dying and the New Cannot Be Born: From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond*, Londres y Nueva York, 2019. Una versión del artículo principal se publicó originalmente con el título «From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond», *American Affairs*, vol. 1, núm. 4, invierno de 2017.

Al esbozar una posible respuesta a la crisis, Fraser no piensa en un nuevo régimen de acumulación de capital, sino en una nueva concepción del socialismo. Si bien dicha posibilidad parece muy lejana, *Cannibal Capitalism* insiste en que sigue valiendo la pena debatir sobre las posibilidades reales emergentes –«los potenciales de libertad, bienestar y felicidad humanos»– que el capitalismo ha puesto al alcance pero no logra hacer realidad. Dicha concepción debería reconsiderar la relación de la economía socializada con sus condiciones previas de posibilidad, «reimaginar sus interrelaciones», revirtiendo las prioridades actuales: el crecimiento no debe tener como fin la acumulación privada sino el cuidado y la protección de las personas, la salvaguarda de la naturaleza y el autocontrol democrático, lo cual convertiría el crecimiento en una cuestión política, ofreciendo una regla básica para los mercados en el socialismo: ningún mercado «por abajo» –las necesidades básicas (alimentación, vivienda, vestimenta, atención sanitaria, agua potable, etcétera) estarían sometidas al debate democrático, pero se proporcionarían como un derecho– y ningún mercado «por arriba», porque el excedente sería considerado como riqueza colectiva del conjunto de la sociedad y se asignaría mediante un procedimiento de planificación colectivo. Entremedio, podría existir espacio para la experimentación, abriéndose toda una gama de posibilidades de gestión –bienes comunes, cooperativas, asociaciones autoorganizadas–, que harían eventualmente más porosas y dotadas de una mayor capacidad de respuesta las fronteras existentes entre las diversas condiciones previas de posibilidad²⁷.

Cuestiones

La riqueza y la originalidad de la construcción efectuada por Fraser hablan por sí mismas. Se hace difícil recordar un solo escritor o escritora contemporáneos que haya intentado alcanzar una síntesis conceptual de esta escala y de esta complejidad, cuya intención es crear un modelo resueltamente radical. Las tentativas de ampliar nuestra comprensión del capitalismo han procedido en general añadiendo sucesivos ámbitos discretos de análisis. Existe una rica bibliografía sobre el imperialismo, la esclavitud y la racialización, que examina la experiencia estadounidense en particular, así como un impresionante corpus de trabajo sobre la reproducción social²⁸. Ecomarxistas como James O'Connor, John Bellamy

²⁷ N. Fraser, *Cannibal Capitalism*, cit., pp. 151-157; ed. cast.: pp. 222-230.

²⁸ Acerca del imperialismo, la racialización y la esclavitud, la tradición descende de Dubois, Oliver Cromwell Cox y Eric Williams a Orlando Patterson, Robin

Foster, Mike Davis, Andreas Malm y Jason Moore han producido convincentes análisis históricos sobre la relación existente del capitalismo con el medioambiente. Muchos pensadores han intentado durante los últimos años sondear las conexiones existentes entre el malestar económico y el malestar político, como demuestra el trabajo de Peter Mair, Colin Crouch, Wendy Brown y John Judis o, destacando entre ellos, el análisis efectuado por Wolfgang Streeck en *Buying Time*²⁹. Pero a buen seguro el de Fraser es el primer intento efectuado hasta la fecha de cartografiar la totalidad de estas dimensiones como un todo interrelacionado y determinado; y ello no solo en referencia a la era neoliberal o al Norte capitalista avanzado, sino contemplado a escala mundial y con una perspectiva plurisecular.

Intencionadamente esquemático, el modelo de Fraser proporciona una heurística valiosa para la verificación empírica y la investigación conceptual. Desde el punto de vista temático, las conexiones con su pensamiento anterior estarán claras. Como en «¿De la redistribución al reconocimiento?», Fraser defiende una política transformadora, que aborde las estructuras profundas contra las mitigaciones afirmativas del progresismo neoliberal; el siglo XXI ha justificado su insistencia en la desigualdad capitalista, que durante la década de 1990 fue tenida tan poco en cuenta. También desde el punto de vista metodológico se constatan muchas continuidades, en especial el establecimiento de modelos de relaciones sociales mediante categorías audazmente abstractas, fortalecidas por inmersiones ocasionalmente profundas en el ejemplo empírico, a menudo en forma cultural (es muy raro encontrar datos y cifras en sus escritos, que operan en el ámbito de la teoría social, no de las ciencias sociales). Los textos de Fraser siempre han primado la claridad y la accesibilidad, pero el estilo aquí es abiertamente más popular (en ocasiones a costa de pagar un precio: los títulos de capítulo que juegan con la metáfora «caníbal»). En el aspecto conceptual, destaca una selección de categorías marxianas –producción y reproducción, expropiación y explotación, núcleo y periferia– mientras la «justicia» rawlsiana deja de constituir un punto final para convertirse en métrica social. Las

Blackburn, Manning Marable, Barbara Fields, Cedric Johnson, Barbara Ransby y Keeanga-Yamahatta Taylor, entre otros autores Sobre la reproducción social, la línea que desciende –y se complica– desde Engels incluiría a Maria Mies, Lisa Vogel, Wally Secombe, Johanna Brenner, Jacqueline Jones, Tithi Bhattacharya, Gabriel Winant y Arlie Hochschild.

²⁹ Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, 2011; ed. cast.: *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Buenos Aires y Madrid, 2016.

categorías son también claramente espaciales de un modo que recuerda a Habermas –primer plano y segundos planos, giros de perspectiva, una «topografía» de la sociedad capitalista– pero también discursivas, inspiradas por un espíritu más deconstruccionista: un análisis en primer plano y un análisis de fondo, cada ámbito regido por una «gramática» ontológica única.

No siempre es fácil saber cómo llenar o repoblar estas categorías abstractas con realidades vivas, evaluar su precisión en cuanto herramientas conceptuales o juzgar su utilidad en cuanto guías para la acción, a la luz de otros conocimientos. En las entrevistas, Fraser ha aclarado que sitúa la raíz de la crisis general en el ansia de beneficios de un pequeño grupo de actores poderosos –Wall Street, las grandes petroleras, las grandes farmacéuticas, Silicon Valley; Walmart, GE, Cargill, y otros actores similares– que arrasan los espacios «no económicos»³⁰. Una prueba empírica de verificación podría preguntar en qué medida sirve su modelo para ilustrar las luchas contemporáneas. Si tomamos, por ejemplo, el conflicto sobre la extracción de recursos en Ecuador, la heurística de Fraser nos obligaría a tener en cuenta no solo las operaciones de las gigantes compañías mineras del Norte y los hábitats de las comunidades locales, sino también la política del gobierno de Quito, la fortaleza del Estado fiscal ecuatoriano y las repercusiones para la reproducción social de los grupos indígenas involucrados y de la población en general en el contexto de una crisis coyuntural más amplia. O tomemos los espacios superpuestos revelados por la larga lucha de los *gilets jaunes* [chalecos amarillos] contra el impuesto aplicado por Macron a la gasolina: una medida medioambiental de carácter «neoliberal progresista» rechazada por razones económicas y socio-reproductivas (*fin du mois*) por trabajadores y trabajadoras del sector formal con problemas económicos, cuyas protestas fueron reprimidas brutalmente por un Estado inserto en la Unión Europea, la cual está succionando los procesos democráticos de toma de decisiones hacia un vacío no sometido a la rendición de cuentas.

La noción de luchas en torno a las fronteras de las estructuras sociales ayuda a abrir una interpretación más amplia de las batallas recientes que se han librado en Estados Unidos. Los derechos al aborto, por ejemplo, enfrentan la autonomía reproductiva de las mujeres contra sus oponentes políticos y jurídicos, no solo el Tribunal Supremo conservador, sino

³⁰ Véase, por ejemplo, Rhoda Feng, «Nancy Fraser's Lessons from the Long History of Capitalism», *The Nation*, 29 de noviembre de 2022.

también las mayorías demócratas del Congreso que se han negado a legislar a favor de que las mujeres asuman el control de su cuerpo. O tomemos el movimiento Black Lives Matter: siguiendo la heurística de Fraser, no se trata solo de un movimiento de resistencia contra la violencia estatal racializada, sino también de una expresión del daño causado por la desigualdad material verificada en Estados Unidos, cuyo gobierno lucha al mismo tiempo por reorientar y descarbonizar su economía financiarizada y desindustrializada frente a los rivales extranjeros.

En una prueba preliminar, por lo tanto, la interpretación de Fraser parece genuinamente útil. ¿Sirve también como modelo explicativo dinámico de la sociedad capitalista, proponiendo leyes de movimiento y teorías de la causalidad como, digamos, aspiraba a hacer el concepto de modo de producción? Esto suscita una pregunta conceptual: la naturaleza de las «estructuras previas» y sus relaciones con la «estructura económica explícita», así como las relaciones de las primeras entre sí. Es una cuestión explorada en profundidad en el diálogo clarificador que mantuvieron Nancy Fraser y Rahel Jaeggi en *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*, que constituye un convincente y desafiante marco de teoría crítica respecto a *Cannibal Capitalism*. En él Jaeggi plantea una serie de cuestiones heurísticas. ¿Están las estructuras previas «dentro» del sistema capitalista, *à la* Lukács, o fuera de él, *à la* Polanyi? ¿Cuáles son las relaciones entre la estructura explícita y las estructuras previas: determinismo, necesidad funcional, dependencias en varias direcciones? ¿Qué hace cambiar la dinámica imperante dentro de cada campo así como los equilibrios existentes entre ellos? Fraser explica que considera las estructuras previas de las que depende la economía capitalista como realidades no mercantilizadas o quizá semimercantilizadas, por analogía con el concepto de hogares semiproletarizados acuñado por Wallerstein, los cuales derivan buena parte de su subsistencia de fuentes de ingresos no asalariadas, como las aportaciones estatales, la reciprocidad informal o el autoaprovechamiento. Hay en esto, sostiene Fraser, un argumento estructural objetivo, invocado por Hegel en la *Filosofía del derecho* —donde la esfera de las relaciones contractuales solo puede darse si existen relaciones sociales no contractuales contextuales— así como por Polanyi en *La gran transformación*, donde los mercados dependen para su existencia de la sociedad no mercantizada.

¿No está la división que Fraser establece entre «economía capitalista» y «estructuras no económicas» acechada por el fantasma del «sistema

económico» versus el prístino «mundo de la vida» de Habermas? Jaeggi la presiona acerca de esta cuestión. ¿Está Fraser repitiendo el mismo movimiento que en otro tiempo criticó en Habermas? ¿No considera que la economía se apodera de estos espacios «inocentes»?³¹. Fraser lo niega. Ella no considera que la economía esté «colonizando» estas estructuras en el sentido atribuido a este término por Habermas, sino que vislumbra, por el contrario, un proceso de contestación frente a un capital que intenta «devorarlas». La configuración resultante es el resultado de la lucha, basado en el equilibrio de fuerzas sociales. Pese a encontrarse fuera de la *economía* y no hallarse mercantilizadas, dichas estructuras están dentro de la sociedad capitalista en su conjunto. Considerar la reproducción social o la naturaleza como algo situado «fuera» de la sociedad capitalista y opuesto inherentemente a ella sería una perspectiva romántica, sostiene Fraser: imaginar que podrían ser espacios de contrahegemonía cuando de hecho se mantienen en una relación simbiótica con el capital. Al mismo tiempo, son espacios de contradicción interna para el capitalismo, puesto que generan sus propios valores no económicos: en el caso de la reproducción social, los ideales de amor y solidaridad; en el de la naturaleza, los valores ecológicos para la gestión del planeta; en el de la política, los principios de democracia y autodeterminación. La forma de argumentación integral de Fraser –tan ilustrativa cuando se aplica al problema que media entre las reivindicaciones de justicia económica y cultural– empieza a provocar confusión, cuando se despliega para insistir en el entrelazamiento irrevocable de lo económico y sus otros no económicos.

En todo caso, ¿no es peor ser «devorado» que colonizado? Esto plantea también en qué medida deberíamos tomarnos demasiado en serio la metáfora de «caníbal» empleada por Fraser. Su observación inicial a este respecto es lúdica, sugiriendo que los diferentes significados del término ofrecen diversas sendas de análisis³². Su origen radica en una corrupción de la denominación que los españoles dieron a los nativos del Caribe, a quienes los conquistadores acusaban de comer carne humana. Como verbo, puede hacer referencia también al desmembramiento: desmantelamiento de las partes que componen una máquina para darles uso en cualquier otra cosa; en biología, análogamente, la autofagia es el reciclado de partes de las células. En astronomía, la «canibalización» hace referencia a un cuerpo que ejerce atracción gravitacional sobre otro,

³¹ N. Fraser y R. Jaeggi, *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*, cit. p. 51.

³² N. Fraser, *Cannibal Capitalism*, cit., pp. xiii-xiv.

incorporándolo a su masa. Y, por último, está el uróboro, la serpiente o el dragón mítico que devora su propia cola, símbolo en el Egipto antiguo de la eterna renovación a través del ciclo de vida, muerte y renacimiento. En *Cannibal Capitalism* no siempre está claro qué significado deberíamos tener en mente. ¿Es el capitalismo un uróboro –la visión internalista lukácsiana– que devora su propio cuerpo? ¿O es un caníbal –la visión externalista de Polanyi– que consume a su semejante (lo extraeconómico) pero no a su propio yo?

La distinción puede parecer pedante, pero llevada a su conclusión lógica repercute en la evaluación que Fraser hace de la tendencia del capitalismo a experimentar crisis y de su capacidad para sobrevivir. Dicho con rotundidad: un caníbal, si es suficientemente voraz, puede algún día quedarse sin comida; la serpiente simbólica, no. Ciertamente, una conceptualización como la de Fraser o la de Wallerstein, que sitúa los orígenes del capitalismo en la España del siglo XVI, tiene más probabilidades de describirlo como una forma sujeta a autorrenovación continua que como una que sitúa sus inicios en el crecimiento del capitalismo industrial en Gran Bretaña a comienzos de la década de 1800, u otra que parte de su generalización por las potencias desarrolladas en la década de 1870, que de modo inmediato constata que durante buena parte del siglo XX un tercio del mundo vive bajo regímenes declaradamente comunistas. El análisis de los regímenes de acumulación cambiantes a partir de la década de 1500, a la vez schumpeteriano, dado que se centrara en la destrucción creativa que alimenta el sistema, y kuhniiano, dado el uso que hace de los cambios de paradigma, revela una lógica funcionalista subyacente: el capitalismo es porque el capitalismo hace. Cuando una estructura vieja entra en crisis, surge una nueva –por ejemplo, la familia con dos ingresos– que actúa para restaurar la homeostasis del sistema; un modelo explicativo que, como demostró Arthur Stinchcombe en *Constructing Social Theories*, tiende a ver una tendencia conservadora en el orden social existente³³. El deseo de contrarrestarla puede provocar un énfasis añadido en la catástrofe autoinfligida, como una forma de romper la cadena.

Tal vez sea mejor interpretar la metáfora del caníbal como un recurso retórico, un destello de hipérbole con intención de despertar conciencias. La formulación no metafórica de Fraser –que la tendencia del

³³ Arthur Stinchcombe, *Constructing Social Theories*, Cambridge (MA), 1960, pp. 80-101.

capital a la acumulación infinita amenaza con «desestabilizar» o «poner en peligro» sus condiciones de posibilidad— es más atractiva. Pero ello suscita la cuestión de la conmensurabilidad de las «estructuras previas». La desestabilización parece un destino completamente factible —o una realidad— en lo referido al medioambiente. Un análisis concreto podría identificar los límites geofísicos al crecimiento capitalista en forma de desestabilización del clima, agotamiento de recursos o colapso del sistema social a un ritmo mayor que la capacidad del capital verde para lograr un impacto real³⁴. Fraser insinúa tal conclusión, al dar a su programa el título provisional de «ecosocialismo», pero se abstiene de elevar lo ecológico al nivel de preocupación política fundamental. Permanece como un igual entre otros ámbitos. Es difícil comprender, sin embargo, que la crisis de los cuidados plantee la misma amenaza existencial que el calentamiento planetario. Con esto no pretendo negar la trágica repercusión social que han tenido las históricas derrotas sufridas por la clase obrera en el siglo xx, de la que son emblemáticas la epidemia de opiáceos y las «muertes por desesperación» registradas en Estados Unidos. No solo por razones feministas sino también moralmente, Fraser tiene buenas razones para situar en primer plano las dificultades impuestas a la reproducción social. Pero con la entrada de China en el mercado mundial, el capital global se ha beneficiado de una superabundancia de mano de obra barata; jóvenes trabajadores de Centroamérica y de otras partes están llamando a las puertas de Estados Unidos. En un sentido instrumental, el capital no necesita preocuparse por la perpetuación de la fuerza de trabajo.

La posición de lo político como estructura previa se basa en la teorización efectuada por Meiksins Wood de la separación entre lo político y lo económico, pero esto puede resultar equívoco. Es cierto que la compulsión económica en una economía monetaria proporciona el látigo para disciplinar a los trabajadores. Pero en el seno del bloque dominante, la riqueza y el poder están unidos por un denso tejido conectivo de vínculos profesionales, sociales, institucionales, educativos y familiares. La perspectiva histórica podría tener, a este respecto, una ventaja sobre el análisis filosófico al señalar la función de la clase dominante. Fraser lo afirma claramente al hablar de la vacuidad de los políticos actuales, similar a la del Mago de Oz, que se pavonean y acicalan delante de un telón

³⁴ Véase Thomas Meaney, «Fortunes of the Green New Deal», *NLR* 138, noviembre-diciembre de 2022; ed. cast.: «Fortunas del *Green New Deal*», *NLR* 138, enero-febrero de 2023.

que oculta los poderes reales. Sus juicios sobre Trump, Biden y demás es admirablemente sobrio³⁵. Pero resultaría útil disponer de una percepción más completa del poder político –el enorme complejo institucional del Estado, sus inmensas capacidades de coerción y vigilancia, su incansable maquinaria de autojustificación ideológica– para complementar el análisis de las multinacionales y de los bancos.

En *Cannibal Capitalism* la política se trata principalmente en términos de democracia, o como una autoridad pública no antagonica. Pero la autoridad pública solo es no antagonica cuando está completamente segura de su capacidad de mando. Fraser sostiene de manera convincente que la solución a una crisis experimentada en una estructura previa debe abordar de manera simultánea las crisis existentes en las demás; una crítica total produce un programa de acción total. ¿Por dónde empezar, sin embargo? Los llamamientos a cambiarlo todo, a escuchar a todos, a reconocer que todo es capitalismo, pueden ser alternativamente inspiradores o desmotivadores. Habrá que elaborar nuevos tipos de estrategia transicional que nos lleven de donde estamos a donde queremos llegar y estos exigirán una comprensión tanto del poder estatal para que los conforme, como también del disenso de la elite³⁶. Fraser tiene razón, sin duda, al resaltar que deben efectuarse conexiones entre las zonas fronterizas de las distintas estructuras sociales; pero las decisiones sobre la acción exigen un principio de prioridad, un modelo de alianzas dotadas de objetivos políticos.

Nada de lo dicho pretende restarle valor al inmenso logro que supone la síntesis de Fraser. Su lúcida repolitización de la teoría crítica constituye un verdadero avance para el pensamiento radical. Para ella, el trabajo de la filosofía social implica concebir los lazos vitales entre la *Kapitalkritik* y la acción anticapitalista. Durante décadas, Fraser ha desafiado las tendencias intelectuales para defender un feminismo verdaderamente socialista, provocando a menudo una atención puntillosa y la crítica de su trabajo por parte de otras teóricas. El feminismo lingüístico posestructuralista estaba en su momento culminante, cuando ella afirmó por primera vez la importancia de una filosofía política emancipadora, que prestara atención tanto a la redistribución –y a los impactos materiales

³⁵ N. Fraser y R. Jaeggi, *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*, cit., pp. 135-136.

³⁶ Richard Lachmann, *First Class Passengers on a Sinking Ship: Elite Politics and the Decline of Great Powers*, Londres y Nueva York, 2020. La investigación de Lachmann revela un bricolaje de cesiones y soluciones, bajo reparación constante, para equilibrar intereses opuestos.

que tendría sobre los sectores marginados la política social aplicada por el gobierno de Clinton— como al reconocimiento. Más tarde, en el punto álgido del feminismo neoliberal, decidió defender el proyecto de la segunda ola frente a su «doble siniestro», representado por las formas de diversidad e inclusión favorables a las empresas destinadas a una minoría de mujeres privilegiadas, que prosperan a expensas de las demás. En lugar de centrarse exclusivamente en la cuestión individual de la experiencia de género, Fraser ha perseguido un programa de investigación tan amplio, ambicioso y riguroso que ha llegado a una descripción única de todo el sistema capitalista, tanto histórico como contemporáneo. La actual vida intelectual de la izquierda tiene una deuda incalculable con ella por haber mantenido vivas esas cuestiones durante periodos en los que tanto la vida política como la vida académica las pasaban por alto o las rechazaban; y también por revitalizar el debate en una época en la que la proyección crítica de las complejidades del capitalismo es una tarea tan urgente como abrumadora.